

LA LABOR DE LAS REVISTAS LITERARIAS EN EL PROCESO DE AUTONOMÍA DE LA LITERATURA BELGA DE LENGUA FRANCESA: LOS CASOS DE *LA JEUNE BELGIQUE* Y *L'ART MODERNE*

José Manuel Pozo López

Universidad de Aviñón

Resumen: El proceso de autonomía de la literatura belga de lengua francesa comenzó a finales del siglo XIX, cuando Bélgica era aún un Estado joven y los intelectuales buscaban legitimar la especificidad de su literatura frente a la norma de París. Las revistas literarias desempeñaron un papel primordial en dicho proceso de autonomía. En especial, a partir del año 1880, proliferaron las publicaciones literarias, pero fueron *La Jeune Belgique* y *L'Art moderne*, junto a la labor de algunos intelectuales entre los que destaca Edmond Picard, las que permitieron sentar las bases de una literatura genuinamente belga.

Palabras clave: literatura belga, autonomía, revistas literarias, *La Jeune Belgique*, *L'Art moderne*.

Abstract: The French Belgian literature autonomy process began at the end of the 19th century, when Belgium was already a young State and Belgian writers aimed to certify the specificity of their national literature in relation to the Parisian literary standards. Literature reviews played an essential role in that autonomy process. From 1880, periodicals of literature multiplied, but particularly two of them, *La Jeune Belgique* and *L'Art moderne*, together with the commitment of some intellectuals as Edmond Picard, contributed to lay the foundations of a genuinely Belgian literature.

Keywords: Belgian Literature, Autonomy, Literature Reviews, *La Jeune Belgique*, *L'Art moderne*.

A finales del siglo XIX, Bélgica era todavía una nación en construcción. En todos los aspectos de la cultura existía una inquietud por establecer las bases de una identidad propia, diferenciada de la de los países circundantes, especialmente de Francia y los Países Bajos, con los que el joven reino compartía historia, lengua y gran parte de su cultura. Unos de los estamentos más preocupados por desarrollar un sistema genuino fue el literario, dando lugar a una efervescencia de las letras belgas en lengua francesa durante la segunda mitad de siglo.

El anhelo de establecer una literatura propia se reflejó en la aparición de numerosas publicaciones periódicas. Unas tuvieron una existencia efímera, otras se consolidaron con el tiempo, aunque todas ellas se crearon con un único propósito: servir de plataforma a las nuevas generaciones de autores belgas de expresión francesa para establecer las bases de una literatura propia, libre de la norma y la potente influencia de los salones parisinos.

Cuando Bélgica se independizó de los Países Bajos tras el proceso revolucionario de 1830, la máxima prioridad del nuevo reino se concentró en forjar una identidad nacional propia que permita legitimar y consolidar el recién creado Estado. Los intelectuales del momento no tardaron en defender la especificidad de la nación belga, cuyo territorio se sitúa en el ámbito de influencia de algunas de las civilizaciones europeas de mayor tradición cultural y literaria: la francesa, la neerlandesa y la alemana¹. Uno de los campos en los que se puso en marcha este afán por establecer una identidad cultural propiamente belga fue la creación literaria.

Sin embargo, en los primeros cincuenta años de existencia del país no se consiguió desarrollar una literatura autónoma, debido en parte a que la principal prioridad de las instituciones del Estado era conseguir la legitimación política internacional y la consolidación de Bélgica como nación unitaria en un territorio en el que existían tres comunidades con lenguas y culturas muy distintas entre sí². Durante estos años, el Estado belga incentivó la creación literaria mediante la organización de certámenes literarios, premios y concursos con los que el gobierno intentaba cimentar el carácter unitario de la nación, justo en el momento en que los problemas internos en torno a la cuestión flamenca comenzaban a aflorar. No obstante, se trataba de un tipo de literatura considerada por los críticos como escritura menor, interesada esencialmente en el enaltecimiento de la joven nación y que, en la mayoría de los casos, se situaba en la línea de creaciones de corte nacionalista, como novelas

¹ Martine Renouprez, *Introducción a la literatura belga en lengua francesa. Una aproximación sociológica*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 2006, p. 70.

² Las tres comunidades son la flamenca, de lengua neerlandesa; la valona, de lengua francesa, y la germanófona, un conjunto de poblaciones de habla alemana que ocupa un pequeño territorio al este de Bélgica, junto a la frontera con Alemania. En sus primeros años de existencia, Bélgica tuvo que hacer frente principalmente a dos movimientos contrarios a su constitución como Estado: el «orangismo» y el «unionismo». El fin del primero era la reunificación con los Países Bajos y el segundo pedía la unificación con Francia. Ninguno de ellos llegó a trascender, puesto que el Estado belga consiguió imponer, aunque a duras penas, el modelo unionista nacional. Además, poco tiempo después, surgieron las reivindicaciones independentistas flamencas, que duran hasta el día de hoy. Actualmente, además del movimiento separatista en Flandes, ha surgido una nueva corriente unionista en Valonia, que pretende la unificación de la parte francófona de Bélgica con la República Francesa.

históricas, poemas épicos y leyendas de poca calidad literaria, cuyo objetivo consistía en crear y difundir un sentimiento nacional tanto en el pueblo belga como en el extranjero. Muchas de las obras que se escribieron desde 1830 hasta 1880 respondían al modelo del relato historicista en el que se confundían la leyenda y la realidad histórica, con un claro objetivo propagandístico nacionalista. Por lo tanto, en sus inicios, la literatura belga se encuentra íntimamente ligada al poder, incluso tras el reconocimiento y legitimación internacional del Estado belga.

Pero hubo escritores que no estaban de acuerdo con esta concepción de la literatura. Mucho antes de la independencia, ya existían sociedades literarias que fueron las que realmente animaron el panorama literario en el país. Aun así, pese a que algunas de estas sociedades intentaron preservar su independencia con respecto al Estado, muchas cayeron bajo su influencia. En cualquier caso, es necesario destacar la labor de algunos escritores y grupos que trataron de apartarse de la literatura oficialista de aquellos años. Destaca la *Société des Joyeux*, sociedad literaria que importó a Bélgica el movimiento de la bohemia francesa. Hemos de citar asimismo a Charles de Coster con su *Légende d'Ulenspiegel*, que más tarde sería considerada como la gran epopeya nacional belga, obra que reúne varios géneros literarios, la leyenda, la novela histórica y la novela realista³.

Sin duda son las publicaciones periódicas las que propiciaron que la literatura belga lograra su autonomía. A partir de 1880, las revistas literarias surgen como el medio más cercano y eficaz que poseían los escritores noveles para darse a conocer al gran público. En ellas publicaron obras inéditas, que sirvieron para consolidar la literatura belga en lengua francesa.

Las revistas literarias belgas han sido en general poco estudiadas. Sin embargo, afortunadamente los investigadores Paul Aron y Pierre-Yves Soucy realizaron un inventario especialmente exhaustivo de más de mil revistas literarias publicadas en Bélgica desde 1830 hasta 1993⁴. En dicho estudio se puede constatar la profusión de publicaciones en la segunda mitad del siglo XIX, que da cuenta de la inquietud y actividad creativa existente en aquellos años.

La aparición de las revistas literarias supuso el comienzo de la autonomía literaria de las letras belgas en lengua francesa con respecto a la propia literatura

³ Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 73.

⁴ Vid. Paul Aron y Pierre-Yves Soucy, *Les Revues littéraires belges de langue française de 1830 à nos jours*, Labor, Bruselas, 1998.

francesa⁵. Fueron el instrumento indispensable que usaron los intelectuales belgas de la época para difundir sus obras y crear escuelas literarias y de pensamiento; en definitiva, el elemento básico que permitió que en Bélgica se desarrollase una literatura propia. Estas publicaciones permanecieron al margen del control del poder político y no recibieron, por lo tanto, subvenciones, sino que se trataba de proyectos privados, en muchos casos propuestas personales que los mismos editores o sus familias financiaban⁶. Las revistas que surgieron en este periodo, en concreto a partir de 1880, si bien cada una se especializó en un campo diferente, comparten unos rasgos comunes. En primer lugar, constituyeron el único medio donde los autores podían publicar, habida cuenta de la carencia de editoriales en territorio belga. Igualmente, las revistas deseaban alcanzar una legitimidad con respecto a la literatura asentada y de prestigio, esto es, aquella que se publicaba en editoriales de renombre. En consecuencia, los editores buscaron atraer a autores consagrados para que publicasen en sus páginas y, de este modo, conseguir reconocimiento entre las élites intelectuales tanto belgas como francesas⁷. Por otro lado, las revistas literarias belgas no solamente sirvieron de plataforma a los autores del país, sino que también ayudaron a darse a conocer a numerosos autores franceses⁸. Por último, como apunta Martine Renouprez⁹:

Su proliferación se acentuó incluso en los periodos de recesión económica [...], como si fueran órganos de emulación y de activación del pensamiento estético y a veces también político, aparatos de investigación para buscar soluciones al malestar y al callejón sin salida de la historia. Dieron a conocer a autores y movimientos literarios extranjeros, abriendo el campo literario belga al cosmopolitismo. En resumen, fomentaron el surgimiento de movimientos literarios en Bélgica, que tuvieron, gracias a ellas, si no un impacto, por lo menos un reconocimiento internacional.

El verdadero punto de inflexión de la literatura belga se produjo a partir de los años 1880, cuando comenzaron a publicarse revistas especializadas en literatura –la gran mayoría dedicadas a la poesía–, hecho que marcó la autonomía efectiva de las letras francesas en Bélgica. Dos publicaciones periódicas protagonizaron y

⁵ Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 77.

⁶ Paul Aron y Pierre-Yves Soucy, *op. cit.*, p. 28.

⁷ Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 76.

⁸ Paul Aron y Pierre-Yves Soucy, *op. cit.*, p. 20.

⁹ Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 76.

promovieron este cambio: *La Jeune Belgique* y *L'Art moderne*. Sin embargo, como indica Michel Biron¹⁰, existió una publicación anterior a éstas que introdujo el concepto de modernidad en Bélgica, *L'Artiste* (1875-1880). Dirigida por Théodore Hannon, tomó como divisa «Naturalismo, Modernidad», sustantivos que se han entendido como el triunfo del naturalismo en Bélgica y como síntoma de que la modernidad, como posicionamiento estético, había calado ya en los autores belgas¹¹. *L'Artiste*, al igual que otras publicaciones belgas de la época, no adoptó una postura estética única, ni se afilió a una escuela en concreto, sino que acogió a autores que se enmarcaban en distintas corrientes, desde el romanticismo hasta el naturalismo.

La Jeune Belgique (1881-1897)

Albert Bauwens fundó en 1880 *La Jeune Revue littéraire*, donde colaboraban varios estudiantes de la Universidad de Lovaina que posteriormente llegarían a ser escritores reconocidos como Max Waller y Albert Giraud. No obstante, un año más tarde, Bauwens formó un nuevo consejo de redacción y la revista pasó a llamarse *La Jeune Belgique*. A finales de ese mismo año, Max Waller compró la revista a su fundador y la convirtió en la publicación periódica literaria más importante del momento en Bélgica, que llegó a contar con un millar de abonados. Además, dio una oportunidad única a los autores noveles belgas para que publicasen sus primeras obras. Muchos de estos escritores serían los protagonistas de lo que se ha denominado en Bélgica la «*renaissance littéraire*», es decir, los últimos veinte años del siglo XIX, en los que literatos como Georges Rodenbach, Maurice Maeterlinck, Émile Verhaeren y Georges Eekhoud, entre muchos otros, dieron un impulso decisivo a la literatura belga en lengua francesa.

Por otro lado, no hay que olvidar que la norma que se seguía en el ámbito de las letras belgas francófonas provenía de París, que se encargaba de legitimar toda la actividad literaria que se desarrollaba en Bélgica. En cambio, esta notable dependencia de la literatura francesa propició a su vez que se desarrollara una literatura nacional autónoma. *La Jeune Belgique* representó un caso notorio de esta doble perspectiva respecto a la norma francesa. Por una parte, resulta patente su

¹⁰ Michel Biron, *La modernité belge*, Labor, Bruselas, 1994.

¹¹ Michel Biron, «*L'Artiste* et la modernité littéraire en Belgique francophone», *Textyles*, 6, 1989, pp. 163-170, <http://textyles.revues.org/1767> [Consultado el 28 de julio de 2013].

parecido con *La Jeune France*, revista que se venía publicando en París desde 1878, en cuya idea de crear un espacio en el que la juventud se expresase libremente se inspiraba. Pero por otra, desde un principio, sus componentes dejaron claro que la publicación nacía además con el objetivo claro de alejarse de los preceptos de su homónima francesa –y, en última instancia, de los cánones parisinos– para asentar las bases de una visión genuinamente belga de la literatura.

De este modo, *La Jeune Belgique* tomó un posicionamiento que la diferenciaba de otras revistas belgas. Primeramente, optó por consagrarse enteramente a la literatura, al contrario de *L'Artiste* y de su sucesora, *L'Art moderne*. «*Soyons nous*» fue el lema que desde el primer número enarbolaron sus seguidores. Este «Seamos nosotros» podemos entenderlo como una invitación a desarrollar una independencia de la literatura belga con respecto a la francesa, pero también como un ejercicio de reflexión sobre la autenticidad del acto literario¹².

Otro de los rasgos más llamativos de la publicación destaca su marcado interés por tener entre sus colaboradores a autores de diversas escuelas. *La Jeune Belgique* no adoptó ningún modelo estético propio, sino que permitió todas las tendencias estéticas del momento –principalmente el naturalismo, el parnasianismo y el simbolismo– con el fin de aglutinar todas las facciones y evitar conflictos. De ningún modo tuvo un carácter vanguardista, puesto que no rompió con la tradición literaria francesa o belga. Estas características tuvieron que ver quizás con la división y la radicalización de sus posicionamientos que se produjo en su seno años después.

Uno de los momentos clave de la historia de la revista lo protagonizó el escritor naturalista Camille Lemonnier, verdadero guía espiritual de la nueva generación de escritores, que recibió la apelación del Zola belga. Se trata de un autor que ha pasado a la historia de las letras belgas no por su obra en sí, considerada en muchos casos mediocre, sino por el valor que adquirió su figura para la generación literaria que se estaba abriendo paso. Encarnaba como ningún otro el concepto de autor periférico, visto desde París como autor de segundo orden, mientras que en su Bélgica natal recibía los máximos reconocimientos.

Un capítulo esencial y ya mítico de la trayectoria de *La Jeune Belgique* fue la celebración del famoso «banquete Lemonnier», un acto de homenaje al escritor belga que se convirtió en una acción subversiva frente al poder político y al control que

¹² Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 81.

ejercían las instituciones gubernamentales sobre las letras en Bélgica. El jurado del Prix Quinquennal, el único premio literario de prestigio en su momento, decidió no otorgar el premio en la convocatoria de 1883 debido a la falta de acuerdo entre sus miembros. Por lo que *La Jeune Belgique* organizó un banquete en Bruselas en mayo de ese mismo año, que reunió a más de doscientas personas con el fin de protestar ante la actitud del jurado y también homenajear a Camille Lemonnier, merecedor según ellos del premio¹³. El acontecimiento se convirtió en el primer gesto subversivo de la clase literaria e intelectual belga frente al control de la cultura por parte del gobierno y, como consecuencia de ello, en la primera demostración de la autonomía de la literatura belga, no solamente con respecto al Estado, sino también ante la literatura francesa.

Las grandes líneas que guiaron a la revista a lo largo de su existencia se podrían resumir en una apuesta sistemática por el arte por el arte, centrada en la idea del culto a la belleza sin un fin específico, por lo que cualquier tipo de compromiso social quedaba fuera de su interés. En este sentido, *La Jeune Belgique* radicalizaría sus posiciones, especialmente bajo la dirección de Valère Gille, Iwan Gilkin y Albert Giraud, lo que tendría efectos perniciosos sobre la revista. La primera consecuencia de esta radicalización fue la salida de muchos de sus colaboradores de prestigio como Maeterlinck y Verhaeren, que criticaron su extremismo en publicaciones como *Coq rouge* (1895-1897), y que se aliaron de inmediato con *L'Art moderne*. La intransigencia de sus postulados y el abandono masivo de sus miembros y colaboradores provocaron su desaparición en 1897.

L'Art moderne (1881-1914)

En 1881, miembros de la abogacía bruselense fundaron *L'Art moderne*, revista que adquirió rápidamente gran éxito. Fundada bajo el auspicio de Edmond Picard, por entonces uno de los mayores agitadores culturales de Bélgica. A partir de los años 1880, este doctor en derecho, crítico literario y periodista empezó a dominar el panorama literario de su país, y reunió y avaló a las jóvenes promesas de la cultura belga. Si Lemonnier representaba la figura del padre espiritual de la nueva

¹³ Michel Biron, «Le banquet Lemonnier», *Francofonía*, 6-7, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1996-1997, p.10, <http://rodin.uca.es:8081/xmlui/bitstream/handle/10498/8170/13470097.pdf?sequence=1> [Consultado el 30 de julio de 2013].

generación, Picard fue el impulsor y el teórico de acción al que llegaron a llamar «dictador de las letras belgas»¹⁴. Para Michel Biron ambos personajes son complementarios y esenciales para entender esta época. A Lemonnier se le acusaba de no decantarse ni por la literatura francesa ni por la belga y de imitar la norma de París, mientras que Picard apostó por el concepto de literatura nacional belga, después de fracasar en su intento de conseguir reconocimiento literario en Francia¹⁵.

L'Art moderne recuperó a los abonados de *L'Artiste* y se convirtió en su legítima sucesora. Desde sus inicios se preocupó por la cuestión social y defendió que el arte debe comprometerse con la sociedad. Esta idea del «arte social» aglutina a un gran número de autores que no encontraban en la doctrina del arte por el arte la inspiración para sus obras.

Por el contrario, si nos detenemos en los hechos sociales y políticos que se estaban desarrollando en Bélgica desde principios de los años 1880, encontraremos la verdadera causa de esta preocupación por lo social. Tras un periodo de bonanza económica, que coincidió con el gobierno del Partido Liberal, durante los primeros años de existencia del Estado, sobrevino la depresión de 1873-1895. Esta crisis económica y el desempleo prolongado motivaron el aumento de la lucha obrera, que se organizó en torno al Partido Obrero Belga (POB), creado en 1885. Los movimientos sociales de protesta alcanzan su momento álgido durante las violentas huelgas de 1886, ante las que muchos literatos belgas no permanecieron indiferentes. A partir de este momento el compromiso social caló en todos los estamentos de la sociedad belga, y fue en el mundo de la cultura donde adquirió un especial protagonismo como tema recurrente en las obras literarias que se escribieron en aquel periodo. *L'Art moderne* legitimó entonces su posicionamiento al lado de los postulados del arte social que defendió desde un principio.

Al principio las relaciones entre *La Jeune Belgique* y *L'Art moderne* eran totalmente cordiales, como lo demuestran las distintas colaboraciones de sus miembros en ambas publicaciones. Sin embargo, tras el «banquete Lemonnier» se produjo una ruptura debido a que *La Jeune Belgique* comenzó a liderar el campo literario belga. Además, la defensa del arte social que desde su fundación propugnaba *L'Art moderne* provocó un recrudecimiento de su rivalidad, en particular en los últimos años de existencia de *La Jeune Belgique*, cuando ésta acentuó su radicalismo.

¹⁴ Martine Renouprez, *op. cit.*, p. 84.

¹⁵ Michel Biron, *op. cit.*, p. 122.

En cualquier caso, *L'Art moderne* logró imponerse pronto en el panorama literario belga. Contó entre sus filas con los artistas e intelectuales más influyentes del momento, como Verhaeren, Rodenbach o Lemonnier, que habían abandonado *La Jeune Belgique* al no encontrar respuesta a sus inquietudes sociales, consecuencia del contexto de malestar social que se vivía en Bélgica en aquellos tiempos.

En lo relativo a la idea de la autonomía de las letras belgas de lengua francesa, hay que destacar la ingente labor de teorización que llevó a cabo Edmond Picard con el objetivo de demostrar la especificidad de la literatura belga. En este sentido, son conocidos los textos en los que defiende el concepto de *L'Âme belge*, que el propio Picard se encargó de transformar en mito nacional. Su concepción del «alma belga» buscaba unir dos realidades culturales muy diferentes, la flamenca y la valona, que según este intelectual se habrían fusionado en Bélgica, conformando una idiosincrasia nacional propia que aunaría los caracteres latino y germánico. Las teorías de Picard fueron rápidamente asimiladas por los miembros de su grupo, que empezaron a interesarse por los mitos y leyendas germánicas, tanto del lado alemán (debido al prestigio de su lengua y literatura) como del lado flamenco. Los escritores belgas – muchos de ellos nacidos en Flandes, aunque de expresión francesa– comenzaron pues a buscar la inspiración para sus composiciones en el folclore flamenco. En realidad, esta teoría pretendía justificar la existencia de una realidad cultural que en la práctica sería difícil fundamentar por diversas causas. La razón más patente se encuentra en la lejanía lingüística de las dos lenguas, una latina y la otra germánica. Igualmente, una de ellas, la lengua flamenca, quedó desprovista de prestigio literario, ya que la mayoría de los autores –incluso los flamencos– optaron por el francés para escribir sus textos.

No obstante, Edmond Picard supo sacar partido de su discurso unionista al apelar al «genio nórdico», concepto que englobaba las características propias de los pueblos germánicos, en contraposición a la tradición grecorromana, que había marcado las letras francesas hasta el momento. Se recurrió incluso a un lenguaje caracterizado por una sintaxis chocante y a un léxico que buscaba romper con la norma tradicional del francés académico mediante el uso de arcaísmos y regionalismos. Incluso desde París se percibía a estos autores por su carácter germánico. De hecho, de acuerdo con algunos críticos, en Francia aún hoy en día se le asocia a la literatura belga en lengua francesa un rasgo distintivo propiamente nórdico. Todos estos aspectos contribuyeron a aglutinar en el seno de *L'Art moderne*

a los literatos que serían los protagonistas de la eclosión de las letras belgas a finales del siglo XIX.

De todos modos, pese a la mitología que se creó alrededor del concepto de «literatura belga», se consiguió por primera vez la autonomía de las letras belgas de lengua francesa¹⁶, dando lugar a una efervescencia literaria que más tarde sería conocida como la «edad de oro» de la literatura belga.

Fueron numerosas las publicaciones que se sucedieron tras *La Jeune Belgique* y *L'Art moderne*; sin embargo, ninguna llegó a desempeñar un papel tan influyente en el ámbito literario del país como estas dos revistas. En particular, se revelaron como la pieza clave que permitió que la literatura belga alcanzase su autonomía frente a los cánones franceses y, al mismo tiempo, fueron un punto de encuentro para la gran mayoría de los escritores que crearían la primera generación literaria de la Bélgica francófona.

Bibliografía

- ARON, Paul y Pierre-Yves Soucy: *Les Revues littéraires belges de langue française de 1830 à nos jours*, Labor, Bruselas, 1998.
- BIRON, Michel: «L'Artiste et la modernité littéraire en Belgique francophone», *Textyles*, 6, 1989, pp. 163-170, <http://textyles.revues.org/1767> [Consultado el 28 de julio de 2013].
- : «Le banquet Lemonnier», *Francofonía*, 6-7, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1996-1997, p.10, <http://rodin.uca.es:8081/xmlui/bitstream/handle/10498/8170/13470097.pdf?sequence=1> [Consultado el 30 de julio de 2013].
- : *La modernité belge*, Labor, Bruselas, 1994.
- PAQUE, Jeannine: *Le symbolisme belge*, Labor, Bruselas, 1989.
- RENOUPREZ, Martine: *Introducción a la literatura belga en lengua francesa. Una aproximación sociológica*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 2006.

¹⁶ De hecho, ha habido críticos que han afirmado incluso que la autonomía de la literatura belga que se logró en aquella época solamente se mantuvo hasta comienzos del siglo XX.